

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

ENSAYO

SOBRE LA

LITERATURA INGLESA,

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

TRADUCIDA

POR D. FRANCISCO MADINA-VEYTIA.



CHATEAUBRIAND.

MADRID.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,
calle del Príncipe, núm. 4.

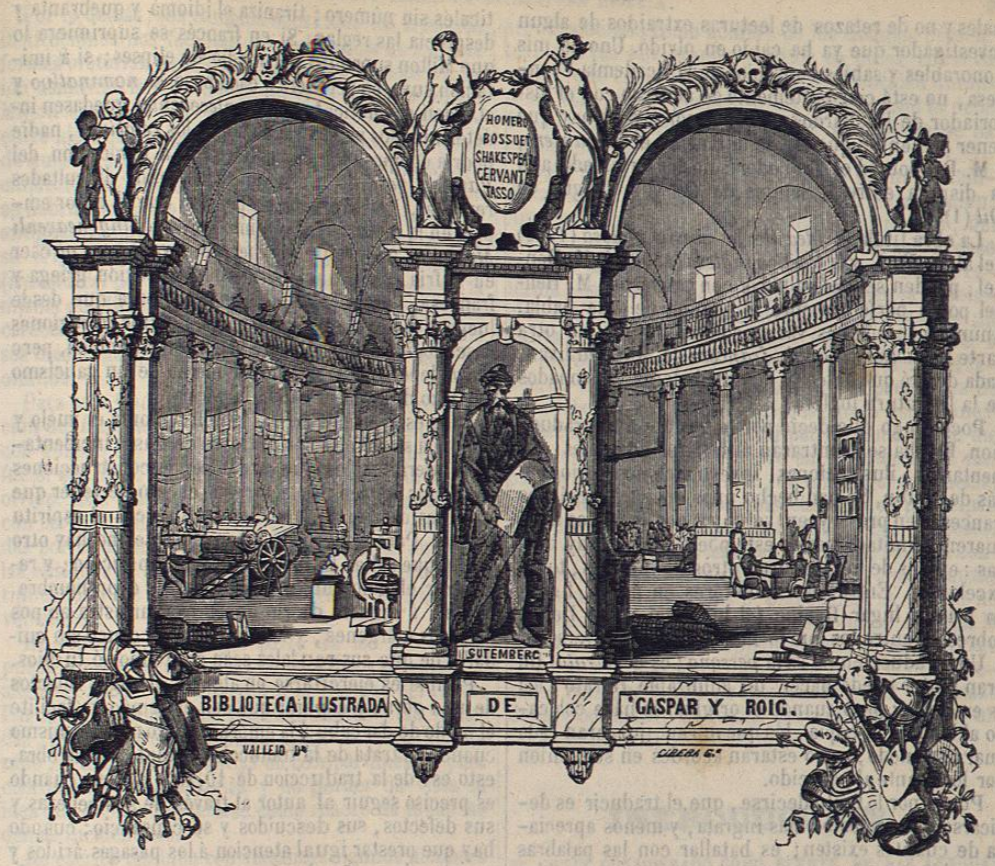
1857.

INDICE

DE LO CONTENIDO DE ESTA OBRA

1	Historia de Francia. — Desde el año 1789 al 1804.	1
2	Historia de España. — Desde el año 1808 al 1812.	2
3	Historia de Portugal. — Desde el año 1808 al 1812.	3
4	Historia de Italia. — Desde el año 1808 al 1812.	4
5	Historia de Alemania. — Desde el año 1808 al 1812.	5
6	Historia de Rusia. — Desde el año 1808 al 1812.	6
7	Historia de Suecia. — Desde el año 1808 al 1812.	7
8	Historia de Dinamarca. — Desde el año 1808 al 1812.	8
9	Historia de Prusia. — Desde el año 1808 al 1812.	9
10	Historia de Austria. — Desde el año 1808 al 1812.	10
11	Historia de Hungría. — Desde el año 1808 al 1812.	11
12	Historia de Polonia. — Desde el año 1808 al 1812.	12
13	Historia de Grecia. — Desde el año 1808 al 1812.	13
14	Historia de Turquía. — Desde el año 1808 al 1812.	14
15	Historia de Egipto. — Desde el año 1808 al 1812.	15
16	Historia de Persia. — Desde el año 1808 al 1812.	16
17	Historia de India. — Desde el año 1808 al 1812.	17
18	Historia de China. — Desde el año 1808 al 1812.	18
19	Historia de Japón. — Desde el año 1808 al 1812.	19
20	Historia de América. — Desde el año 1808 al 1812.	20
21	Historia de Australia. — Desde el año 1808 al 1812.	21
22	Historia de Nueva Zelanda. — Desde el año 1808 al 1812.	22
23	Historia de las Indias Occidentales. — Desde el año 1808 al 1812.	23
24	Historia de las Indias Orientales. — Desde el año 1808 al 1812.	24
25	Historia de las Islas. — Desde el año 1808 al 1812.	25
26	Historia de las Antillas. — Desde el año 1808 al 1812.	26
27	Historia de las Azores. — Desde el año 1808 al 1812.	27
28	Historia de las Azores. — Desde el año 1808 al 1812.	28
29	Historia de las Azores. — Desde el año 1808 al 1812.	29
30	Historia de las Azores. — Desde el año 1808 al 1812.	30
31	Historia de las Azores. — Desde el año 1808 al 1812.	31
32	Historia de las Azores. — Desde el año 1808 al 1812.	32
33	Historia de las Azores. — Desde el año 1808 al 1812.	33
34	Historia de las Azores. — Desde el año 1808 al 1812.	34
35	Historia de las Azores. — Desde el año 1808 al 1812.	35
36	Historia de las Azores. — Desde el año 1808 al 1812.	36
37	Historia de las Azores. — Desde el año 1808 al 1812.	37
38	Historia de las Azores. — Desde el año 1808 al 1812.	38
39	Historia de las Azores. — Desde el año 1808 al 1812.	39
40	Historia de las Azores. — Desde el año 1808 al 1812.	40
41	Historia de las Azores. — Desde el año 1808 al 1812.	41
42	Historia de las Azores. — Desde el año 1808 al 1812.	42
43	Historia de las Azores. — Desde el año 1808 al 1812.	43
44	Historia de las Azores. — Desde el año 1808 al 1812.	44
45	Historia de las Azores. — Desde el año 1808 al 1812.	45
46	Historia de las Azores. — Desde el año 1808 al 1812.	46
47	Historia de las Azores. — Desde el año 1808 al 1812.	47
48	Historia de las Azores. — Desde el año 1808 al 1812.	48
49	Historia de las Azores. — Desde el año 1808 al 1812.	49
50	Historia de las Azores. — Desde el año 1808 al 1812.	50

ENSAYO
 LITERATURA INGLESA
 POR F. A. DE CHATEAUBRIAND



ENSAYO
 SOBRE LA
LITERATURA INGLESA,
 POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

ADVERTENCIA.

El *Ensayo sobre la literatura inglesa* que precede á mi traducción de Milton, se compone:

- 1.º De algunos pasages tomados de mis antiguos *Estudios*, pasages cerregidos en cuanto al estilo, rectificadidos en lo relativo á las apreciaciones, y aumentados ó reducidos á menor extension por lo tocante al texto.
- 2.º De diversos extractos de mis *Memorias*, directa ó indirectamente relacionados con el trabajo que ahora presento al público.
- 3.º De modernas investigaciones concernientes á la materia de este Ensayo.

He visitado los Estados Unidos; he pasado ocho años de destierro en Inglaterra; he vuelto á Londres como embajador, y he podido observarlo despues de haberlo visto como emigrado, y finalmente, creo saber el inglés quanto es posible saber un idioma extranjero. He leído además concienzudamente todo lo que he debido leer sobre el asunto de que se trata en

estos dos tomos, y si solo alguna rara vez he citado autoridades, no debe atribuirse sino á que siendo estas ya muy conocidas de las personas literatas, no ofrecen por otra parte ningun interés á las que no lo son. ¿Qué les importan á los hombres de mundo los nombres de Warton, Evans, Jones, Percy, Owen, Ellis, Leyden, Eduardo Williams, Tirwhit, Roquefort, Tressan, las compilaciones de los historiadores, las colecciones de poetas, ni los manuseritos? Sin embargo, quiero hacer aquí mención de una obra francesa, precisamente porque en mi concepto los periódicos no lo han hecho del modo que se merece. Conságranse artículos sin fin á producciones insignificantes y apenas se conceden veinte rengiones á la apreciación de libros instructivos y graves.

Los *Ensayos históricos sobre los Bardos, Juglares*, etc., del señor abate de La Rue, merecen llamar la atención de cualquier apasionado de la sana crítica y de la erudición tomada de las fuentes origi-

nales y no de retazos de lecturas extraídos de algún investigador que ya ha caído en olvido. Uno de mis honorables y sabios consocios de la Academia Francesa, no está constantemente de acuerdo con el historiador de los Bardos; no lo ignoro, pero hay que tener presente, que M. de la Rue es el *romancero*, y M. Raynouard el *Trovador*: no ha terminado aun la disputa entre la lengua de *Oc* y la lengua de *Oil* (1).

La obra titulada *Idea de la poesía inglesa* (1749) del abate Yart, y la *Poética inglesa* (1806) de M. Hennele, pueden ser consultadas con provecho. M. Hennele posee perfectamente el idioma de que habla. Anuncianse además varias colecciones, y por otra parte la *Biblioteca anglo-francesa* de M. O'Sullivan, nada dejará que desear á los verdaderos apasionados de la literatura inglesa.

Poco tengo que decir por lo tocante á mi traducción. En ella se encontrarán á millares ediciones, comentarios, ilustraciones, investigaciones y biografías de Milton. Se han hecho unas doce traducciones francesas en prosa y en verso, y por lo menos unas cuarenta imitaciones de este poeta; todas muy buenas: en pos de mí, vendrán otros traductores, todos excelentes. Entre los traductores en prosa, figura en primer lugar Racine (el hijo); el abate Delille sobresale entre los que lo han traducido en verso.

Una traducción no es la *persona*; es el *retrato*. Un gran pintor puede hacer un admirable retrato; así es en efecto; pero cuando el original se halle colocado al lado de la copia, los que miren, juzgaran cada cual á su modo, y no estarán acordes en su opinión por lo tocante al parecido.

Puede por lo tanto decirse, que el traducir es dedicarse á la profesión mas ingrata, y menos apreciada de cuantas existen; es batallar con las palabras para obligarlas á expresar un pensamiento, una idea emitida de diverso modo en un idioma extranjero produciendo un sonido que no tienen en el idioma del autor. ¿Por qué pues habré traducido á Milton? Por una razón de que se dará cuenta al fin de este *Ensayo*.

Mas nadie por esto se imagine que he empleado poca atención en mi trabajo; puedo por el contrario afirmar que es la obra de toda mi vida, pues hace treinta años que estoy leyendo, relejendo y traduciendo á Milton. Conozco hasta qué punto debe respetarse al público: él es dueño de tratarlos con toda franqueza; pero guardaos bien de usar de igual libertad para con él: si no haceis caso del público, menos caso hará el público de vosotros. Sobre todo apelo al testimonio de los que todavía creen que el *escribir* es un *arte*: solo estos podran comprender cuántos estudios y cuántos esfuerzos me ha costado la traducción del *Paraiso perdido*.

Por lo que toca al sistema de esta traducción, debo decir, que me he atenido al que adopté en otro tiempo para traducir los fragmentos de Milton citados en el *Genio del Cristianismo*. En mi concepto la traducción literal, es siempre la mejor. Una traducción interlineal sería la perfección de la obra si pudiera quitársele lo que tendría de duro.

La dificultad de la traducción literal consiste en reproducir una expresión noble por otra que igualmente lo sea, y en evitar que por medio de expresiones que se parecen, pero que no tienen la misma prosodia en ambos idiomas, adquiera pesadez una frase ligera, ó por el contrario.

Milton, además de la lucha que hay que sostener con su número poético, ofrece obscuridades grama-

(1) En el momento de escribir este elogio de M. La Rue que no me es conocido sino por sus obras, recibo como en testimonio de gratitud la fúnebre esquela en que se me da parte de la muerte de este amigo de Walter-Scot.

maticas sin número; tiraniza el idioma y quebranta y desprecia las reglas. Si en francés se suprimiera lo que Milton suprimió por medio de elipses; si á imitación suya se perdiera á cada paso el *nominativo* y el *orden gramatical*; si los *antecedentes* quedasen indeterminados por la vaguedad de los *relativos*, nadie podría comprender la traducción. La invocación del *Paraiso perdido* presenta todas esas dificultades reunidas. La inversión suspensiva que el autor empleó en la cesura del séptimo verso «*Sing heavenly Muse*» es admirable y la he conservado para no caer en la fría, y ordinaria forma de invocación griega y francesa, *Musa celestial, canta*, y para que desde luego el lector comprenda que va á entrar en regiones desconocidas: Luis Racine la conservó también, pero creyó deber regularizarla por medio de un galicismo que hizo desaparecer toda la poesía.

Dado este primer paso, Milton remonta el vuelo y prolonga su invocación al través de frases incidentales é interminables que, produciendo construcciones indirectas, ponen al lector en el caso de tener que hacer esfuerzos de atención antipáticos al espíritu francés. Para salvar este inconveniente, no hay otro medio que saltar la invocación y la exposición, y regenerar el nominativo en el nombre ó pronombre. Milton, á manera de río impetuoso, arrastra en pos de sí las márgenes, y las arenas de su cauce sin cuidarse de que sus raudales sean cristalinos ó turbios.

Posible es ejercitarse en algunos pasajes selectos de una obra, y esperar que con el tiempo se facilite el modo de dar cabo á la empresa; pero no es lo mismo cuando se trata de la traducción completa de la obra, esto es, de la traducción de 10,467 versos; cuando es preciso seguir al autor al través de sus bellezas y sus defectos, sus descuidos y su cansancio; cuando hay que prestar igual atención á los pasajes áridos y pesados sin perder de vista la expresión, el estilo, la armonía y todas las cualidades del poeta; cuando hay que estudiar el sentido eligiendo el que parezca mas bello cuando hay muchos, ó hay que adivinar el mas probable teniendo en cuenta el carácter ó la índole del autor; cuando es preciso recordar pasajes colocados tal vez á larga distancia del pasaje oscuro.... Semejante trabajo hecho concienzudamente, llegaría á cansar al espíritu mas laborioso y mas sufrido.

He procurado representar á Milton con toda exactitud, y para conseguirlo no he evitado la expresión horrible, ni la expresión sencilla cuando las he hallado en el original. Perros ahulladores son según expresión de Milton los hijos del pecado que se cobijan en la *perrera*, esto es, en las entrañas del pecador: no he desechado esa imagen. Eva dice, que la serpiente no trataba de *hacerle mal, ni causarle perjuicio*; me he guardado bien de poetizar esa cándida expresión de una jóven que hace una gran cortesía al árbol de la ciencia despues de haber comido su fruto: así es como Milton lo concibió. Si no he podido reproducir las bellezas del *Paraiso perdido*, no me podré excusar con decir, que se me han pasado desapercibidas.

Milton compuso una multitud de palabras que no existen en ningún diccionario, y está lleno de hebraísmos, helenismos y latinismos: así es que á un precepto ó á una ley de Dios, la denomina *primera hija de la voz*: emplea el genitivo absoluto de los griegos y el ablativo absoluto de los latinos. Cuando sus palabras compuestas no son demasiado extrañas al idioma francés, en su etimología sacada de las lenguas muertas ó del italiano, las he adoptado, y por esa razón he dicho: *emperadise, fragrance*, etc. Hay algunos idiotismos ingleses que casi todos los traductores han pasado por alto; sirva de ejemplo la palabra *planet-struck*: por lo menos he procurado que se comprendiera el sentido sin recurrir á perifrasis demasiao largas.

Por lo demás, los cambios ocurridos en nuestras instituciones nos facilitan la inteligencia de algunas formas oratorias de Milton. El idioma francés se ha ido asimismo haciendo mas atrevido y mas popular. Milton escribió como yo en tiempo de revolución, y entre ideas que ya pueden considerarse como propias de nuestro siglo; por lo tanto me ha sido mas fácil emplear esos rodeos que los antiguos traductores no se habrían atrevido á aventurar. El poeta hace uso de antiguas palabras inglesas que con frecuencia revelan su origen francés ó latino; yo las he trasladado (*translatés*) por medio de expresiones francesas de la misma condición, respetando su índole rítmica y su carácter de antigüedad. No creo que mi traducción sea mas larga que el texto, y sin embargo nada he omitido.

Para esta traducción he tenido presente una edición del *Paraiso perdido* impresa en Londres por Jacob Tonson en 1725 y dedicada á Lord Sommers que fue el que libró al famoso poema de las injurias del olvido. Esta edición se halla enteramente conforme con las dos primeras que fueron revisadas y corregidas por el mismo Milton: la ortografía es antigua, las elisiones de letras frecuentes, los paréntesis multiplicados y los nombres propios, estan escritos con versalitas.

He conservado la mayor parte de los paréntesis, puesto que tal era el modo de escribir del autor, y además, porque contribuyen á la claridad del estilo. Las ideas de Milton son tan abundantes y tan variadas, que al parecer el mismo autor se veía embarazado, y tenía que dividir las en compartimentos para coordinarlas, reconocerlas y no perder de vista la idea que debía considerarse como madre de todas las demás incidentales.

He escrito también con versalitas algunos nombres y pronombres cuando me han parecido á propósito para realzar la importancia del personaje á que se refieren, ó para aclarar alguna ambigüedad. Por lo tocante al texto inglés impreso paralelamente á mi traducción, me he valido del que publicó Sir Egerton Brydges en 1835, cuya corrección es perfecta y mas propia de los lectores de nuestros tiempos.

Finalmente, me he tomado la molestia de traducir nuevamente yo mismo hasta un pequeño artículo acerca de los versos sueltos, así como los antiguos argumentos de los libros, porque es probable que sean de Milton. Por respeto al número del autor, he superado las incomodidades del trabajo: paréntesis, puntos, comas, todo cuanto he hallado en el texto me ha parecido sagrado: los hijos de los hebreos tenían que aprender de memoria desde Beresith hasta Malaquías.

¿A quién le importa en la actualidad nada de lo que acabo de decir? ¿Qué traductor seguirá tan minuciosamente el texto? ¿Quién le agradecerá el haber vencido una dificultad, ni haber pasado dias enteros discutiendo el mejor modo de verter una frase? Cuando Clement publicaba un voluminoso tomo con motivo de la traducción de las *Geórgicas*, todo el mundo lo leía y se interesaba en pro ó en contra del abate Delille: ¿estamos por ventura en aquellos tiempos? Puede sin embargo suceder que mi lector sea algún antiguo apasionado de la escuela clásica, reanimándose al recuerdo de sus antiguas admiraciones, ó bien algún jóven poeta de la escuela romántica que ande á caza de imágenes, de ideas ó de expresiones para apoderarse de ellas como de un botín arrebatado al enemigo.

Por lo demás, hablo largamente de Milton en el *Ensayo sobre la literatura inglesa*, pues hay que tener presente, que no he escrito este *Ensayo* sino con motivo del *Paraiso perdido*. He analizado sus diversas obras, he demostrado que las revoluciones nos lo han aproximado á nuestra época; que puede

ser considerado como hombre de los tiempos presentes; que fue tan grande escritor en prosa como en verso; que como prosista adquirió celebridad durante su vida, y que el aplauso de la posteridad lo debe á la poesía; porque la celebridad de prosista se ha confundido en la gloria de poeta.

Debo advertir, que en este *Ensayo* no me he ceñido tan estrictamente al asunto como en la traducción. Aquí hablo de todo, del presente, del pasado, del porvenir: por todas partes divago. Si me sale al paso la edad media, hablo de ella; si tropiezo con la reforma, hago un alto, y si fijo la vista en la revolución inglesa, no puedo librarme de recordar la de mi patria, ni de citar sus hechos y personajes. Al ver á un realista inglés en la cárcel, se me presenta el recuerdo del alojamiento que tuve en la prefectura de la policía. De los poetas ingleses, paso espontáneamente á contemplar los de mi patria; Lord Byron me hace acordar de mi destierro en Inglaterra, de mis paseos á la colina de Arrow, de mis viajes á Venecia, y así todo lo demás. Son misceláneas que participan de todos los tonos porque hablan de todas las cosas. De la crítica literaria familiar ó elevada, pasan á consideraciones históricas, á narraciones, á semblanzas ó á recuerdos generales ó personales. A fin de no sorprender á nadie para que desde luego se sepa lo que se va á leer, y con objeto de que se vea con claridad que la literatura inglesa no es en el caso presente mas que la tela de mis cuadros ó el cañamazo de mis bordados, he tenido por conveniente dar un segundo título á este *Ensayo*.

INTRODUCCION.

EL LATIN CONSIDERADO COMO FUENTE DE LAS LENGUAS DE LA EUROPA LATINA.

CUANDO un pueblo poderoso ha desaparecido; cuando ya no está en uso el idioma que hablaba, queda ese idioma como monumento en que otras edades admiren las obras maestras del pincel ó de los cinceles que ya se rompieron. Decir cómo los dialectos de los pueblos de la Ausonia se convirtieron en el idioma latino, qué es lo que este retuvo del carácter de las tribus salvajes que lo formaron, lo que perdió ó ganó mediante la conversión de un gobierno libre en un gobierno despótico, y mas adelante por la revolución consumada en la religión del Estado; decir cómo las naciones conquistadas y conquistadoras trajeron una multitud de locuciones extrañas á ese idioma, y cómo sus restos formaron la base sobre que se elevaron los dialectos del Oeste y del Mediodía de la Europa moderna, suministraría asunto para una inmensa obra de filología.

Nada efectivamente podría ser mas curioso ni instructivo que considerar el latin en su origen y acompañarlo hasta el fin al través de los siglos y de sus diversas índoles. Preparados se hallan ya los materiales de este trabajo en los siete tratados de Juan Nicolás Funck denominados: *De origine, De pueritia, De Adolescentia, De virili Etate, De imminente senectute, De vegeta senectute, De inertí et decrepita senectute latinae lingue tractatus*.

El dórico, el etrusco y el osco de los himnos de los salios y de la ley de las Doce Tablas, cuyos artículos en verso cantaban todavía los niños en tiempo de Ciceron, produjeron el lenguaje rudo de Duilio, de Cecilio y de Ennio, el animado de Plauto, el satírico de Lucilio, el greciforme de Terencio, el filosófico, triste, lento y espondáico de Lucrecio, el elocuente de Ciceron y Tito-Livio, el claro y correcto de César, el elegante de Horacio, el brillante de Ovidio, el poético y conciso de Cátulo, el armonioso de Tibulo, el divino de Virgilio y el puro y sentencioso de Fedro.

Ese modo de hablar del siglo de Augusto (no sé en qué época colocar á Quinto Curcio), se convirtió, alterándose, en el lenguaje enérgico de Tácito, de Lucano, de Séneca y de Marcial, en la copiosa dición de Plinio el Mayor, en la florida palabra de Plinio, el Joven, en el lenguaje descarado de Suetonio, violento de Juvenal, oscuro de Persio, y en el ampuloso ó rastreado de Estacio y de Silio Itálico.

Después de haber pasado por los gramáticos Quintiliano y Macrobio; por los compendios Floro, Velleo Petéculo, Justino, Orosio y Sulpicio Severo; por los Padres de la Iglesia y escritores eclesiásticos Tertuliano, Cipriano, Ambrosio, Hilario de Poitiers, Paulino, Agustín, Gerónimo y Salviano; por los apologistas Lactancio, Arnobio y Minucio Félix; por los panegiristas Eumeno, Mamertino y Nazario; por los historiadores de la decadencia Amiano Marcelino, y los biógrafos de la *Historia augusta*; por los poetas de la decadencia y de la caída Ausonio, Claudiano, Rutilio, Sidonio Apolinar, Prudencio y Fortunato; después de haber recibido de la conversión de religiones, de la transformación de costumbres y de la invasión de los godos, alanos, hunos, árabes etc., expresiones nacidas de las nuevas necesidades y de las nuevas ideas, volvió ese idioma á caer en otra barbarie al ser empleado por el primer historiador de aquellos francos que después de haber destruido el imperio romano dieron principio á otro idioma.

Los escritores fueron notando por sí mismos las alteraciones que de siglo en siglo iba sufriendo el idioma latino: Ciceron afirma, que en las Galias circulaban muchas palabras, cuyo uso no era bien recibido en Roma: *verba non trita romana*, Marcial se jactaba de valerse de expresiones célticas; San Gerónimo dice, que en su tiempo, el idioma latino iba cambiando en todos los países: *regionibus mutatur*; Festo en el quinto siglo, se lamentaba de la ignorancia en que se había caído respecto de la construcción del latín; San Gregorio el Grande declara, que le importan poco los barbarismos y solecismos; Gregorio de Tours reclama la indulgencia del lector por haberse desviado en el estilo y en las palabras de las reglas gramaticales, confesándose poco instruido en el particular: *non sum imbutus*; los juramentos de Carlos el Calvo y de Luis el Germánico, nos presentan el latín espirando; los escritores de vidas de santos alaban á los obispos que saben hablar puramente el latín y los concilios del siglo IX, les mandan predicar en lengua romano-rústica.

Debe pues referirse al espacio que medió entre el séptimo y noveno siglo, la época en que el latín se metamorfoseó en romance de diferentes matices y acentos según las provincias en que se usaba. El latín correcto que vuelve á aparecer en los historiadores y escritores del reinado de Carlo Magno, no es ya el latín hablado, sino el latín aprendido. No tardó la palabra latin en no significar mas que romance ó lengua romana; y en seguida fue tomado por la palabra lengua en general: así es que se dijo, *los pájaros cantan en su latín*.

Una lengua civilizada nacida de una lengua bárbara, se diferencia según sus elementos, de una lengua bárbara, proveniente de otra civilizada; la primera debe permanecer mas original, porque dimana de sí misma, y ella es la que únicamente ha desarrollado su germen; la segunda, esto es, la lengua bárbara, ingerida en una civilizada, pierde su savia natural y produce frutos extraños.

Tal es el latín respecto del idioma salvaje que lo engendró, y tales son las lenguas modernas de la Europa latina con referencia á la lengua culta de que se derivan. Una lengua viva que sale de otra lengua viva, prosigue en sus condiciones de vida; pero una lengua viva abortada de otra muerta, trae consigo algo de la condición mortuoria de su madre; conser-

va una multitud de palabras que ya han espirado y que no dan mas señales de existencia que las que da el silencio para expresar el sonido.

¿Existió en los últimos momentos de la lengua latina un idioma que pueda llamarse de transición entre aquella y los modernos, y que haya sido general de este lado de acá de los Alpes y del Rin? ¿La lengua romano-rústica de que tan frecuente mención se hace en los concilios del siglo IX, era esa lengua romana, ese provenzal que se hablaba en el Mediodía de Francia? ¿El provenzal era el catalán? ¿Se formó en la corte de los condes de Barcelona? El romance del Norte del Loira; el romance valon ó sea el que usaron los romanceros, que se convirtió en francés, ¿precedió al romance del Mediodía del Loira ó sea al romance de los trovadores? La lengua de Occia y la lengua de Oil; tomaron el asunto de sus canciones é historias de los cantares armoricanos, ó de los de la Galia? Materia es esta de una controversia que no terminará hasta que la erudita obra de M. Fauvel haya derramado alguna luz sobre tan oscuro asunto.

LA LENGUA INGLESA DIVIDIDA EN CINCO EPOCAS.

Entre las lenguas formadas del latín, cuento la inglesa por mas que reconozco su doble origen. Demostraré cómo desde la conquista de los normandos hasta bajo el reinado del primer Tudor, dominó la lengua franco romana, y cómo la lengua inglesa moderna adquirió y ha retenido una inmensa cantidad de palabras latinas y francesas.

La lengua romano-rústica, se dividió en dos ramificaciones, esto es, en la lengua de Occia y en la de Oil. Cuando los normandos se apoderaron de la provincia á que dieron su nombre, aprendieron la lengua de Oil: esta es la que se hablaba en Rouen, así como en Bayeux usaban el dinamarqués. Guillermo llevó los dialectos franceses á Inglaterra con los aventureros que le siguieron de las dos márgenes del Loira.

Pero en los siglos anteriores, mientras los galos componían su idioma de los restos del latín, la Gran Bretaña, de donde hacia ya mucho tiempo que los romanos se habían retirado, y en donde los pueblos del Norte se habían ido estableciendo sucesivamente, había conservado sus dialectos primitivos.

De aquí pues se deduce, que la lengua inglesa se divide en cinco épocas:

1.^a La época anglo-sajona desde el 400 al 780. El monge Agustín dió en 570 á conocer el alfabeto romano en Inglaterra.

2.^a La época dinamarquesa-sajona desde el 780 hasta la invasión de los normandos. De esta época se conservan principalmente los manuscritos llamados de Alfredo y dos traducciones de los cuatro evangelistas.

3.^a La época anglo-normanda que principia en 1066. La lengua normanda no era en realidad otra cosa que el neustrio, esto es, la lengua francesa del lado de acá del Loira, ó sea la lengua de Oil. Los normandos se servían para conservar la memoria de sus cantares de ciertos caracteres llamados *runstath*, que eran las letras rúnicas, á las cuales añadieron las que Ethico había inventado anteriormente, cuyos signos fueron dados por San Gerónimo.

4.^a La época normando-francesa. Cuando Leonor de Guyena trajo á Enrique II las provincias occidentales de Francia desde el Bajo Loira hasta los Pirineos, y después que algunas princesas de la sangre de San Luis se fueron sucesivamente enlazando con monarcas ingleses, se mezclaron de tal manera los Estados, las propiedades, las familias, los usos, y las costumbres, que el francés se convirtió en idioma común de los nobles, de los eclesiásticos, de los sa-

bios y de los comerciantes de ambos reinos. En el Domesday-Book, carta topográfica y catastro de las propiedades, hecho por orden de Guillermo el Conquistador, estan escritos los nombres de los lugares en latin según la pronunciación francesa. Así es que una multitud de palabras latinas entraron directamente en la lengua inglesa por la religion y por sus ministros, cuyo idioma era el latin ó indirectamente por mediación de palabras normandas y francesas. El normando de Guillermo el Bastardo conservaba tambien expresiones escandinavas, ó germánicas que los hijos de Rollon habían introducido en el idioma del país franco conquistado por ellos.

5.^a La época llamada propiamente inglesa, esto es, cuando el inglés se habló y escribió del modo que hoy existe. Estas cinco épocas se hallaran colocadas en las cinco partes en que se divide este Ensayo.

Y se clasifican naturalmente bajo los títulos siguientes:

1.^o Literatura bajo el reinado de los anglo-sajones, de los dinamarqueses y durante la edad media;

2.^o Literatura bajo los Tudors;

3.^o Literatura bajo los dos primeros Estuardos y durante la república;

4.^o Literatura bajo los dos últimos Estuardos;

5.^o Literatura bajo la casa de Hannover.

Al estudiar las diversas literaturas se escapan una multitud de alusiones y de rasgos, si no se conservan bien fijos en la memoria los usos y las costumbres de los pueblos. Un cuadro de la literatura, enteramente aislado de la historia de los pueblos daría lugar á una portentosa quimera. Al oír cantar imperturbablemente á los sucesivos poetas sus amores y sus rebanos, llegaría uno á figurarse que la edad de oro ha existido sin interrupción sobre la tierra. Sin embargo, en esa misma Inglaterra de que nos estamos ocupando, resonó el eco de tales conciertos en medio de la invasión de los romanos, de los pictos, de los sajones y de los dinamarqueses; en medio de las conquistas de los normandos, de la sublevación de los barones, de las disputas de los primeros Plantagenetes por la corona, de las guerras civiles de la rosa encarnada y de la rosa blanca, de las desolaciones de la reforma, de los suplicios mandados por Enrique VIII, de las hogueras encendidas por María; en medio de las matanzas y esclavitud de Irlanda, de las devastaciones de Escocia, de los cadalsos de Carlos I y de Sidney, de la fuga de Jacobo y de la proscripción del presidente y de los jacobitas: mezclados todos esos sucesos con tempestades parlamentarias, con crímenes de la corte y con mil guerras extranjeras.

El orden social, á parte del orden político, se compone de la religion, de la inteligencia y de la industria material. En medio de las catástrofes y de los mas terribles acontecimientos, nunca falta en cualquiera nación un sacerdote que reza, un poeta que canta, un autor que escribe, un sabio que medita, un pintor, un estatuario ó un arquitecto que pinta, esculpe y construye, y un artesano que trabaja. Esos hombres marchan al lado de las revoluciones, y al parecer disfrutan de una vida á parte: no fijando la vista sino en ellos no se veía mas que un mundo real, verdadero, inmutable, base del edificio humano; pero que parece ficticio y extraño á la sociedad convencional, á la sociedad política. Solo el sacerdote en sus cánticos, el poeta, el sabio, el artista en sus composiciones, y el artesano en sus trabajos, revelan de cuando en cuando la época en que viven marcando la repercusión de los sucesos que con mas ó menos abundancia les hicieron derramar sudores, lamentos, y producciones de su genio.

Para destruir la ilusión de estas dos vistas sociales presentadas aisladamente; para no crear la quimera que he indicado al principiar este capítulo; para evitar que el lector entre repentinamente y sin estar

preparado en la historia de los cantares, de las producciones y de los escritores de los primeros siglos de la literatura inglesa, creo conveniente reproducir aquí el cuadro general de la edad media, á fin de que sea como un prólogo que acabe de ilustrar el asunto.

EDAD MEDIA.

LEYES Y MONUMENTOS.

La edad media presenta un cuadro fantástico, producto al parecer de una imaginación tan poderosa, como desarreglada. En lo antiguo cada nación sale, si así puede decirse, de su propio tronco; un espíritu primitivo, que se infiltra y se deja sentir por todas partes, da homogeneidad á las instituciones y á las costumbres. La sociedad de la edad media se componía de los restos de otras mil sociedades: la civilización romana, y hasta el paganismo, habían dejado en ella señales de su paso, y la religion cristiana la enriquecía con sus creencias y sus solemnidades. Los bárbaros, francos, godos, burgundios, anglo-sajones, dinamarqueses y normandos, seguían conservando las costumbres y el carácter propio de sus razas. Todos los géneros de propiedad estaban involucrados, todas las especies de leyes se confundían, el alodio, el feudo, las manos muertas, el código, el digesto, la ley sálica, gombeta, visigoda y el derecho tradicional. Todas las formas de libertad y de servidumbre campeaban al mismo tiempo; la libertad monárquica del rey, la libertad aristocrática del noble, la libertad individual del sacerdote, la libertad colectiva de los municipios, la libertad privilegiada de las ciudades, de la magistratura, de los gremios y corporaciones, la libertad representativa de la nación, existían juntamente con la esclavitud romana, con la servidumbre bárbara, y con la del extranjero no naturalizado. De semejante involucración nacían aquellos espectáculos incoherentes, aquellas costumbres contradictorias á primera vista y que solo se adunaban por el vínculo de la religion. Habría podido decirse que pueblos diversos sin ningún lazo de afinidad recíproca, se habían convenido en vivir bajo el cetro de un mismo dueño alrededor de un mismo altar.

Hasta en su apariencia exterior presentaba entonces la Europa un cuadro mas pintoresco y nacional que el que ofrece en la actualidad. A los monumentos, hijos de nuestra religion y nuestras costumbres, hemos substituido por afectación de la arquitectura bastardo-romana, otros monumentos que ni estan en armonía con nuestro cielo, ni son apropiados á nuestras necesidades: fria y servil copia que ha introducido la mentira en nuestras artes, así como la imitación de la literatura latina ha destruido la originalidad del génio franco. No era así por cierto como se imitaba en la edad media: los ingenios de aquel tiempo también admiraban á los griegos y á los romanos, también investigaban y estudiaban sus producciones; pero en vez de sujetarse servilmente á ellas las dominaban, las arreglaban á su manera, las nacionalizaban, y aumentaban su belleza por medio de una metamorfosis llena de vida y de independencia.

Las primeras iglesias cristianas en Occidente no fueron mas que templos vueltos al revés, si así pudiera decirse: el culto del paganismo era exterior; la decoración de los templos siguió la misma marcha; el culto cristiano era interior; interior fue también la decoración de sus iglesias. Las columnas pasaron de lo exterior al interior del edificio, como en las basílicas donde se reunían los fieles cuando salieron de las criptas y de las catacumbas. Las dimensiones de la iglesia excedieron en extensión á las del templo, porque la multitud cristiana se apiñaba bajo la bóveda de la iglesia al revés de la multitud pagana que se estacionaba bajo el peristilo del templo. Mas cuando los fieles pudieron no solo ejercer libremente, sino